

Sultana Wahnón se emplea así en una lectura literal de *El proceso* que le sirve de vía para acceder al estudio de las claves de la producción kafkiana. En este devenir, dos son los elementos que reciben una atención especial, a saber: la renovación del género trágico llevada a cabo por el escritor y la impronta del mundo judío en los personajes y argumentos de sus obras. La especial predilección que Kafka mostró en abocar a sus personajes al fatal capricho de un destino perverso es sometida aquí a examen bajo el esquema de los estudios aristotélicos y sobre todo de las teorías nietzscheanas que anunciaban el renacimiento de la tragedia en la cultura alemana. Kafka bebió de ese pesimismo trágico inyectado de sabiduría y alegría a partes iguales que ponía el contrapunto a la ingenua felicidad moderna, edificada sobre el frágil pilar del progreso científico e intelectual. Según sus propias palabras, «lo que necesitamos son libros que hagan en nosotros el efecto de una desgracia (...) un libro tiene que ser el hacha para el mar helado que llevamos dentro». En estas afirmaciones, que ponen el acento en la impresión que la obra debía producir en los lectores, Kafka se hacía eco de la catarsis aristotélica, con la diferencia de que ahora no habría residuos religiosos ni morales, sino una firme comunión con el vitalismo de Nietzsche en torno a la reivindicación

del sufrimiento como parte esencial de la naturaleza del hombre y del mundo. No se trataba sino de dejar al descubierto el carácter contradictorio de la existencia y de aceptarlo con alegría, como las dos caras de una misma moneda, tal como lo hizo explícito el autor al escribir que la calidad de sus escritos residía en «esta capacidad de morir contento» que caracterizó su literatura.

A lo largo de este ejercicio creativo, a medias entre lo apolíneo y lo dionisiaco, Kafka hizo confluir los mitos de la antigüedad tanto griega como hebrea con la reflexión política, las inquietudes personales y su humanidad judía. La clarividencia que tan justamente le ha sido atribuida a su obra no responde al azar, sino a un conocimiento activo de la realidad de la Europa de principios de siglo. Ciertamente, el checo se sirvió de la ficción para verter parte de sus angustias en relación con el antisemitismo del momento y el peligro de los totalitarismos, de ahí que se haya dado en ver *El proceso* —y, en realidad, toda la extensión de su creación literaria— como una tragedia política, una teatralización del absurdo vivido por el pueblo judío ejercida con sagacidad sorna e ironía. Estos aspectos son los que ocupan la segunda parte del trabajo, en el que Wahnón ilustra detalladamente sobre las circunstancias políticas, sociales y personales del autor para subrayar su activismo intelectual.

tual y capacidad de observación, elementos, sin duda, que conforman la imagen de un Kafka inteligente, reflexivo, sarcástico y profundamente instruido en las reglas del género.

En definitiva, Sultana Wahnón ha conseguido el más difícil todavía de ofrecer una sólida e imprescindi-

ble interpretación de *El proceso* que acompaña la soledad del inocente Joseph K., a través de una escritura que evoca el *utile dulci* horaciano y abre la puerta al conocimiento plural –histórico y literario– de la siempre vigente escritura kafkiana.

Concha González-Badía Fraga



Teatro Raventós. San José de costa Rica. Foto Junta Nacional de Turismo.

América en los libros

El estado en crisis, Carlos Malamud, Editorial Síntesis, Madrid, 2003, 251 pp.

El cuarto volumen de la *Historia contemporánea de América Latina* que dirige el profesor Carlos Malamud se abre a las incertidumbres del periodo 1920-1950. El propio ensayista fija el carácter desafiante de dicho tramo por medio de dos corrientes contradictorias que hemos de tener en cuenta de antemano: la resistencia a los avances totalitarios de raigambre europea y el creciente apoyo social brindado a las opciones de autarquía populista. De esa tensión nace la trama aquí expuesta, y el relato resultante, como es obvio, ofrece ambivalencias y paradojas, pero el autor se vale de ellas con habilidad, e incluso llega a introducir alguna referencia literaria para contradecir mitos aireados por los medios masivos.

De ello no hay duda: Malamud advierte la naturaleza porosa y proliferante del discurso histórico. Por ello, trata de depurar las fuentes más fiables, insistiendo en aquellas que desglosan lecciones válidas para el presente. Con este fin, diseña a partir del primer capítulo un escenario económico agrietado por los defectos de la Gran Depresión. Un impacto, por cierto, mudable en

cada país de Iberoamérica, y por consiguiente, útil para calibrar los anticuerpos puestos en marcha frente a semejante perjuicio. Las viñetas son conocidas: intervencionismo del vecino del Norte, mercados estremecidos y faltos de crédito, esperanzas de crecimiento económico en una lista de apuestas que tuvo más de un perdedor. Precisamente con este diagnóstico analiza el autor lo que supuso la salida de la crisis y el comienzo de aquella industrialización que, para compensar, se quiso sustitutiva de bienes importados. Un proceso que Malamud ubica durante la Gran Guerra para prolongarlo con un mayor ímpetu en los años de la segunda contienda mundial.

En lo político, estos tiempos no fueron propicios. De hecho, el tramo se despliega con dolor, pues el vaivén pendular que conllevó el cambio de siglo se tradujo más tarde en turbulencias, puntos de ruptura, saltos en el abismo y totalitarismos coetáneos.

Comprensiblemente, a medida que se fue imponiendo ese último modelo —el dictatorial, tan múltiple de incertidumbres— hubo una compulsiva repetición de dramas. Pero nótese que hablamos de dramas cuyos protagonistas fueron dos nuevos actores que el autor describe

mientras ellos exigen su cuota de poder: los sectores medios y la clase obrera. En todo caso, cae oportuna esta escenografía. Elocuentes y estelares, el totalitarismo y el nacionalismo sirven de puntuación al recorrido subsiguiente. Al cabo, ambos recuperaron el contacto con lo primario amparándose, a pie firme, en relatos tribales y en la purga de ideas disgregadoras. Además, en el caso de los nacionalistas, su fórmula de acceso a la realidad subió de grado durante la Revolución Mexicana y fue impregnando la conciencia intelectual del continente, mediada, eso sí, por los hábiles discursos de Rodó, Mariátegui y Haya de la Torre. Contra lo heredado de la Colonia, se obedecía así al deseo de organizar una nueva totalidad donde la soberanía original era objeto de encomio. Por lo demás, a la sombra de este ideario resulta aún más paradójico el pobre aliento de la Organización de Estados Americanos (OEA). Con razón habla el ensayista de los escasos logros del entramado panamericano, para el cual hubo poco margen dentro del arte de lo posible. Mayor intensidad tiene en este dominio la Guerra Fria. No en vano, el manejo de ideas antinorteamericanas o antiimperialistas empezó a cobrar vigor en ese plano de las relaciones internacionales que aún prospera en el imaginario local, y que, por otro lado, verifica el complejo protocolo de una identidad asediada.

Alfonsina Storni. *Mi casa es el mar*, Tania Pleitez Vela, Espasa Calpe, Madrid, 2003, 297 pp.

En la biografía de Alfonsina Storni que formula Tania Pleitez figura un propósito que hubiera sido grato para Sainte-Beuve, pues acá la inquisición de los detalles personales sirve para juzgar toda una trayectoria lírica. Pero si bien Pleitez distingue en su historia los matices que impone la crítica científica, lo cierto es que su forma de dar corporeidad a los versos por medio del retrato de Storni conlleva, muy seguramente, el logro más sugestivo de este libro. Recreador hasta aproximarse a las lindes de una novela, pero trazado con pulcritud, ameno y dentro de una impecable dirección documental. De esa forma, dosificando registros fiables y licencias digresivas a lo largo de los sucesivos pasajes, la autora enriquece el mismo argumento con paulatina tendencia al gran plano. A saber: el desarrollo poético de Alfonsina no sólo integra la búsqueda de un estilo individual y una voz personal; también atañe a la progresiva madurez del personaje en el campo de las realizaciones prácticas, incluso cuando, a su pesar, rompe la fe en el porvenir. Así, partiendo de esta lectura, verso y anécdota se entrecruzan. Cuando la poeta dialoga con el misterio, intuimos una respiración prolongada, a veces fruto del cansancio, y otras, simplemente medi-